

asomaba la testa soberbia y poderosa. El fiero animal, rebelde a la domesticidad del arado, declarábase en fuga. Y en su desordenada carrera había llegado hasta nosotros, tal vez atraído por las voces. Tremendo minuto aquel, de irresolución y de terror. ¿Cómo poner en salvo a las mujeres y a los niños? A Tomás, cuyos brazos bailaban, cayósele al suelo la escopeta. ¡Oh! ¡El alar de taurino de la mañana, aquel temerario arranque que había escandalizado a la cortijera! El rústico lidiador temblaba como azogado. Y en este momento de irresolución y de sorpresa, las mulas, de una violenta espantada, libertaron la mal sujeta rienda, escapando a ga lope. El toro, como obedeciendo a una orden, partió tras de las mulas. ¡Nos habíamos salvado!

Regresamos a pie, entre sombras, por un sendero sucio y pedregoso. Era ya la una de la madrugada. En la mitad del camino dimos con los criados, que venían en busca nuestra.

— ¡Qué susto, señoritos! — exclamó uno de ellos. — Se han *presentao* las mulas en la cuadra, sin cabeza y *empapás* en sudor. Allí todos piensan en una desgracia. Luego, en el cortijo, hemos *sabío* que se les escapó esta tarde el *Pelínegro*. Los mo-

zos de doña Manuela andan locos por el monte, con los lazos...

A la mañana siguiente despertamos doloridos y maltrechos. ¡Oh, el campo saludable y tónico! Molestias en las rodillas, en los riñones, en las piernas... Hormigas entre las ropas, picaduras en todo el cuerpo y, para final, un susto tremendo y un paseo a pie como para ganar un campeonato. Verdaderamente encantador.

Unos amigos, aldeanos amigos socarrones, se acercaron.

— Buenos días a los forasteros. Ya sabemos lo que pasó ayer. ¡Nos hemos reído más...! ¡Con estos lances da gusto ir de campo! ¿Cuándo vuelven ustedes?

— El que pagó la fiesta fué el pobre Calanda, el leproso.

Al oír este nombre todos escucharon con interés. — Cuando iba a dormir al monte, se encontró con el *Pelínegro*. Lo empitonó de parte a parte, que no dijo ni ¡ay!

Hubo un silencio extraño. — Ya acabó de penar, el pobre — murmuró otro, a media voz con displicencia, con indiferencia...

MANO DE DIOS

¡Oh mano, que siendo tú tan generosa, cuanto poderosa y rica, poderosamente me das las dádivas! ¡Oh mano blanda, tanto más blanda para esta alma, apretándola blandamente, cuanto si la asentaras algo pesada hundiera todo el mundo; pues de sólo tu mirar la tierra se estremece, tiemblan las gentes, los montes se desmenuzan! ¡Oh, pues, otra vez, blanda mano, que así como fuiste dura y rigurosa para Job, porque le tocaste tan ásperamente, asentándola tú sobre mi alma muy de asiento, muy agradable y graciosamente, me eres tanto más blanda y suave que fuiste para él dura, cuanto más de asiento me tocas con amor dulce, que a él le tocaste con rigor! Porque tú matas y das la vida; así como nunca llagas si no es para sanar.

Llegaste para sanarme, ¡oh divina mano! Mataste en mí lo que me tenía muerta sin la vida de Dios, en que ahora me veo vivir. Y esto hiciste tú con la liberalidad de tu generosa gracia para conmigo en el toque con que me tocaste del resplandor de tu gloria, y figura de tu substancia, que es el unigé-

nico hijo; en el cual, siendo él tu sabiduría, tocas fuertemente desde un fin hasta otro fin. ¡Oh, pues, toque delicado! Verbo hijo de Dios, que por la delicadeza de tu ser divino penetras sutilmente en la substancia de mi alma y tocándola tú delicadamente, la absorbes toda en divinos modos de suavidades nunca oídos en la tierra de Canán, ni vistas en Teman. ¡Oh, pues, mucho y en gran manera delicado toque del Verbo; para mí tanto más, cuanto habiendo trastornado los montes y quebrantado las piedras en el monte Oreb con la sombra de tu poder y fuerza, que iba delante, te diste a sentir al profeta en silbo de aire delgado y delicado! ¡Oh aire delgado! Di: ¿cómo tocas delgada y delicadamente, siendo tú tan terrible y poderoso? ¡Oh dichosa y muy dichosa el alma a quien tocaras delgadamente siendo tan terrible y poderoso! Dilo al mundo alma: más no lo digas, porque no sabe de aire delgado y no te sentiría, porque no puede recibir estas altezas. SANTA TERESA

(Llama de amor viva)



ALBACETE

BELDA

F O Ó G R A F O

ROSARIO 19

Pérez y Feu

Conservas de pescados

AYAMONTE (HUELVA)

IMPRESA ALBUGER

En estos talleres se hacen toda clase de trabajos a precios sumamente económicos.

Cristobal Valera, 11. ALBACETE